1923

CONVENCION CENTROAMERICANA SOBRE LEYES PROTECTORAS DE OBREROS Y TRABAJADORES

MAXIMO H. ZEPEDA

REVISTA CONSERVADORA publica IN EXTENSO el extracto del discurso del Dr. Máximo H. Zepeda, eminente personalidad del Partido Conservador e internacionalista distinguido, Delegado de Nicaragua en las Conferencias Centroamericanas de 1923, en defensa de su proyecto de Convención para la unificación de las leyes protectoras de los obreros contra las objeciones del Delegado hondureño, doctor Alberto Uclés, distinguida figura del liberalismo centroamericano. A ese debate, aprobación final de dicho proyecto y suscripción de la Convención, alude en su artículo precedente el Dr. Diego Manuel Chamorro.

Ante todo, deseo dar las gracias a nuestro honorable colega el Dr. Uclés por sus frases laudatorias respecto a mí. Todavía tengo esperanzas de que lleguemos a ponernos de acuerdo y de que mi proyecto se convierta en una convención.

El primer punto que ha suscitado el Dr. Uclés parece ser el siguiente: ¿Tienen los Señores Delegados a esta Conferencia las facultades necesarias para discutir una convención sobre el tema de la unificación de las leyes protectoras de obreros y trabajadores? Como en ninguno de nuestros poderes se ha puesto restricción, la cuestión quedaría, quizás, mejor planteada, si dijéramos sencillamente: ¿Es ésta, por su naturaleza, materia para una convención internacional y está comprendida dentro de los términos de la invitación que nos tiene aquí reunidos? Empezando por la segunda parte, es perfectamente claro, que los términos de la invitación son absolutos. Nosotros podemos discutir aquí cualquier asunto que las cinco Delegaciones resuelvan tratar. Diré más: ya resolvimos en una sesión anterior del Comité General que mi proyecto era admisible. No se dijo que mi proyecto se aprobaría en una forma determinada; pero sí que sería materia de discusión. Podría quizás dispensarme de insistir en este punto, puesto que lo repito, ya la Conferencia con el voto unánime de las Delegaciones ha resuelto que esta materia puede ser tratada aquí; pero quiero, sin embargo, entrar en el fondo de la cuestión y preguntar si es ésta una materia propia para convención internacional. Si se me pregunta si las disposiciones de esta convención son disposiciones que pudieran incluirse en el derecho internacional público de nuestros países, voy a contestar ciertamente que no. Pero aquí no hemos venido exclusivamente para tratar asuntos de derecho internacional público, es decir asuntos que atañen a las relaciones de un Estado con el otro Estado, en cuanto constituye una entidad política. Hemos venido a tratar algo más, a tra-

tar de las relaciones de nuestros pueblos entre sí; a tratar de adoptar aquellas medidas que quizás tomándolas en común pudieran contribuir a mejorar las condiciones de esos pueblos.

Con frecuencia he oído en esta Comisión, y muy especialmente al Dr. Uclés, mi distinguido amigo, hablar de que es muy necesario que al separarnos podamos decir que no hemos laborado sólo en pro de los Gobiernos, sino que hemos laborado en pro de los pueblos. Debo confesar, con la misma franqueza con que él ha hablado aquí, que muchas de las restricciones que se han puesto en nuestras convenciones, pensando en los derechos políticos de los pueblos y más especialmente en lo que se ha llamado impropriamente el derecho de insurrección, no encierran, a mi juicio, nada que pueda contribuir muy eficazmente a la felicidad de esos pueblos. En casi todos los países del mundo, y muy especialmente en los nuestros, poco o ningún cambio se opera en las condiciones de la inmensa mayoría del pueblo cuando cambian los Gobiernos y se sustituyen los unos a los otros en el poder.

Por regla general, ese llamado derecho de insurrección tan sólo favorece a ciertas clases sociales que tienen particular interés en la marcha del Estado. Las masas se quedan exactamente como antes estaban. Puedo afirmar esto con tanta más certeza cuanto que mi experiencia viene de Nicaragua, es decir, del único país de Centro América en donde realmente hay dos partidos organizados con tendencias diferentes, en donde, hasta cierto punto, el éxito de un partido significa un cambio entero en el rumbo de la administración o, por lo menos, en los principios políticos. En los otros países de Centro América, por regla general, las luchas electorales son luchas de grupos formados en el momento y que desaparecen para reorganizarse de nuevo cuando ocurre una nueva elección. Dije como regla general, porque entiendo que en Guatemala

hay bastante diferencia entre uno y otro partido. Pues bien, decía yo, que aun en Nicaragua la oposición no está realmente sino entre los directores de esos partidos; porque la mayoría del pueblo realmente no se guía por diferencias entre principios liberales y principios conservadores. Yo creo que la única obra, la mejor, por lo menos, que podemos hacer en pro de la inmensa mayoría de nuestros pueblos es tratar de mejorar sus condiciones morales, intelectuales y materiales.

Por otra parte, ha dicho el Dr. Uclés que esto ha de ser materia exclusivamente de legislación interna. En uno de los artículos del Tratado General se dice que los Estados de Centro América consideran como amenaza a la paz de cada uno de ellos cualquier trastorno que en el país vecino ocurra respecto al orden constitucional, ya venga de los poderes públicos, ya de los particulares. Indudablemente se ha tenido en mira que esos trastornos son generalmente la chispa que enciende el fuego en la casa del vecino.

Pues quiero recordarle al Dr. Uclés que si hay algo que trasmita de un país a otro con facilidad y que ponga el incendio en la casa del vecino, ese algo es precisamente la lucha de clases.

Cada uno de nuestros países tiene un interés real y verdadero en que se trate con justicia al pobre y no aparezca la lucha de clases en el país vecino, porque se transmitiría necesariamente a su propio país. La paz entre las clases trabajadoras y las clases directoras de nuestros países es algo que nos afecta a todos. Aquí mismo se ha celebrado en Washington una conferencia internacional en la cual se suscribieron convenciones que en gran parte he tomado como bases para formular mi proyecto. Los países del mundo, y entre ellos los nuestros, creyeron que no bastaba la legislación interna para asegurar la paz social y que sería conveniente establecer también convenios internacionales.

Ruego a los Señores Delegados que me excusen si me extiendo mucho en mis consideraciones; pero deseo hablar una sola vez.

Ha agregado el Dr. Uclés que el proyecto es deficiente y que se podría preparar otro mejor. En eso tiene él perfecta razón. Solamente me voy a quejar como Delegado de un país centroamericano y como amigo suyo, de que en vez de oponer objeciones al proyecto no haya tenido la amabilidad de completarlo y perfeccionarlo. Si me promete hacerlo podremos dejar el proyecto para una sesión posterior. Pero desde ahora quiero decirle que yo no he formulado un proyecto con reglas de policía para mantener la tranquilidad de todos los individuos, he formulado un proyecto de convención para proteger a los obreros y trabajadores; las reglas que él quiere incluir para perseguir la vagancia y la mendicidad no necesitan ser consignadas en una convención internacional ni quiza sean todas justas.

Entrando más adelante en mi proyecto, quiero llamar la atención del Dr. Uclés hacia la circunstancia de que está dividido en dos partes enteramente diferentes. Hay un conjunto de disposiciones que si bien no llevan en sí el nombre de recomendaciones, casi podría decirse que lo son. Me he limitado a consignar que en cada uno de los Estados se legislará sobre determinada materia y he indicado, a grandes rasgos, las líneas que deben ser base para esa legislación, de la misma manera que vamos, si

no nosotros directamente, por lo menos por medio de las comisiones que se organicen, a indicarles a los Gobiernos las grandes líneas a que han de atenerse para dictar leyes electorales. Me contestará, el Dr. Uclés, que en aquel caso los proyectos van a presentarse como proyectos de ley que los congresos aprobarán o no. De antemano ha resuelto la objeción, consignando en un artículo que cada uno de los países queda en libertad para excluir de su ratificación una o varias de las disposiciones de esta convención. Si algunas no son convenientes para un país, pueden suprimirse y la convención queda vigente en los puntos que no son objetados.

Tiene, sin embargo, esta convención otros principios que están consignados de un modo absoluto y para que puedan regir dentro de ciertos plazos con sólo la aprobación de la misma convención. Aun en eso hay mucha materia de forma, pues como acabo de decir cada uno de los gobiernos al ratificar la convención podrá omitir en esta parte aquéllos que considere que no son adecuados para las condiciones de su respectivo país. Sin embargo, quiero también que los Señores Delegados fijen muy particularmente su atención en que los puntos que están aquí definitivamente establecidos son de tal naturaleza que pudiéramos decir que son simplemente la protección de los derechos naturales inalienables de todo hombre. Voy a pasar, ligeramente, revista a mi proyecto. Se prohíbe el apremio personal para obligar a un trabajo determinado. Observará el Sr. Uclés que no me refiero al trabajo en general. El Dr. González Flores me dijo que en este punto lo único que le ocurría era que le daba vergüenza consignarlo en una convención. Pero desgraciadamente, en la historia de nuestros países el hecho existe. Todos tenemos la esperanza de que no llegará el caso en nuestro país; pero no estamos aquí celebrando convenios benéficos para todos y esta ha sido una de las formas de la tiranía en Centro América: la esclavitud de las clases pobres. Se les ha reclutado y llevado a trabajar por la fuerza en beneficio de los favoritos del tirano. Para evitar que eso pueda ocurrir se ha consignado la prohibición en mi proyecto.

En el segundo punto del Artículo I, desgraciadamente todavía existen algunas opiniones en Centro América, aunque no debiera haberlas y vale más cortarlas de una vez.

En el tercero se prohíbe ocupar a los niños en las horas de clase. Uno de los grandes bienes que podemos hacer a nuestros países es fomentar la instrucción y éste no es más que un medio de estimular ese desarrollo. Otros puntos se refieren al trabajo de niños y al de menores de cierta edad y de mujeres durante la noche. Si nadie toma un animal recién nacido para dedicarlo al trabajo porque se arruina, ¿cómo hemos de tomar a uno de nuestros semejantes cuando su desarrollo físico no es suficiente? Lo que se dice del niño habría que decirlo también con respecto a la mujer. No quiero molestar más la atención de los Señores Delegados recorriendo los otros puntos. Los únicos que están aquí consignados son de derecho natural. No se concebiría que ningún país dictara una legislación contraria. Sin embargo, todavía conforme a uno de los artículos de la Convención, cada país puede rechazar aquello que no considere adecuado a sus condiciones actuales.